

## ANEXO E

### LA VERDAD SOBRE NICARAGUA

Al redactor del *New York Tribune*.

Señor:

Desde que llegué a esta ciudad en el *Northern Light*, procedente de Centroamérica, me he dado cuenta de que la inquietud por emigrar a ese país ha aumentado enormemente, y que multitudes se aprestan a embarcarse pronto, con miras a residir ahí. Yo tengo la experiencia de haber vivido este año durante varias semanas en Nicaragua, y me parece que la reseña de esa experiencia será de interés para sus lectores; pero como mi relato discrepará en muchos detalles importantísimos de otros que pintan perspectivas espléndidas para los emigrantes, en crónicas publicadas por la prensa de esta y otras ciudades, comenzaré advirtiendo que viajé a ese país sin ninguna ambición personal para servir en el campo o la esfera de la política, y sin intención de quedarme a residir ahí. Soy un agricultor de mediana edad, de Greenwich, Connecticut, y encontrándome desocupado en el invierno, fui a Nicaragua simplemente a ver la región y conocer los alicientes que en realidad había para los agricultores, mecánicos, comerciantes y demas personas de oficios respetables que desearan trasladarse a vivir allá. En consecuencia, al discrepar de otros que han escrito desde ese país, no me anima ningún prejuicio ni mala voluntad, sino sólo el deseo de trasmitirle la verdad al mundo. De hecho, decidí escribir este artículo desde que estaba en Nicaragua, al presenciar los sufrimientos, no sólo de los soldados sino también de agricultores honestos y laboriosos, muchos de los cuales vendieron sus cómodas

casas, y de mecánicos, artesanos y oficinistas que abandonaron buenos empleos en los Estados Unidos.

El 24 de enero recién pasado zarpé para San Juan en el *Northern Light*. Íbamos como cien pasajeros en los camarotes y doscientos de tercera. Tuvimos una travesía muy agradable a San Juan, donde nos transbordaron a un vaporcito de hélice en el que subimos por el río. El paisaje en las riberas del río San Juan, para nosotros que llegábamos de las costas llenas de nieve de Nueva York y Nueva Inglaterra, era en realidad bello; y el primer día en el río lo pasamos muy contentos a pesar de que encallamos muchas veces. Ya entrada la noche permoctamos junto a un depósito de leña, y por la mañana nos vimos obligados a caminar un par de millas, a tomar otro vapor, debido a la poca profundidad del agua; y cuando entramos en el Lago de Nicaragua, después de tres días en el río, si la memoria no me falla habíamos cambiado de embarcación cuatro veces. Durante ese lapso no pudimos conseguir casi nada de comer, excepto en El Castillo, donde pasamos una noche, y nos dieron buena comida a \$1 el servicio, y \$5 por la habitación donde dormimos. De vez en cuando abrían el bar a bordo, dándonos la oportunidad de comprar un bocado de jamón y una galleta de mannero por 50 centavos. En el Lago transbordamos a otro vapor y seguimos el viaje. Sin embargo, esa noche se desató una fuerte tormenta y tuvimos que meternos en una bahía. Continuamos a la mañana siguiente, y por fin nos acercamos a La Virgen, donde iban a desembarcar los viajeros hacia California. Hicimos tres tentativas de desembarco infructuosas, las que fracasaron por el fuerte viento que teníamos en contra. Los pasajeros, y particularmente los soldados de Walker, iban muertos de hambre y declarando que no podrían aguantar más tiempo sin comer. Ya habíamos devorado hasta el último bocado de alimento a bordo. Entonces se decidió ir a una isla cercana en el lago, donde un alemán de apellido Meyers tiene algún ganado. Ahí desembarcaron los pasajeros nicaragüenses. Se compró un buey, lo mataron, pelaron y colgaron, y cada uno cogió su cuchillo, cortó un pedazo de carne y asó su ración en una

fogata que encendimos en el suelo. Yo compré un pollo y lo cociné en la misma forma. Mientras tanto el barco regresó a La Virgen y desembarcó a los pasajeros para California. Los que íbamos para Granada pasamos esa noche en la isla. El barco regresó en la mañana, subimos a bordo y seguimos hacia Granada, adonde llegamos con la puesta del sol, habiendo tardado como dos semanas en el viaje desde Nueva York. Desembarcamos en una lancha plana, pues no habían terminado de construir el muelle. El último pasajero desembarcó casi a las once P.M.

Mi amigo y yo cogimos el equipaje que pudimos acarrear y en la oscuridad caminamos los tres cuartos de milla hasta la ciudad. No había ninguna luz excepto una que otra candela en alguna pulpería; el camino era angosto y muy arenoso, bordeado a ambos lados de tupida y pesada maleza. Por fin entramos en la ciudad y encontramos un centinela del ejército de Walker que nos mandó apurarnos o nos metía en la cárcel. Yo llevaba cartas de introducción para el Cónsul Americano, por lo que me dirigí a su residencia, y sin detenerme a presentárselas, le pregunté si sabía dónde nos podríamos alojar. Gentilmente envió un sirviente a que nos acompañara, y después de indagar durante una hora, nos ofrecieron el privilegio de colgar una hamaca en el patio de una casa. Como no teníamos hamacas, nuestro siguiente paso fue conseguirlas, y tras una larga búsqueda logramos comprar un par, a \$2 cada una. Regresamos, las colgamos, nos acostamos en ellas y pasamos el resto de la noche mirando a las estrellas y matando zancudos. A la mañana siguiente nos dimos cuenta que tuvimos suerte de encontrar tan buen alojamiento, ya que muchos de nuestros compañeros durmieron en el cuartel y algunos en los escaños en la plaza. Uno de los pasajeros que llegó con su familia, el carpintero Mr. Squires, consiguió una casa, y durante el resto de mi estadía ahí, junto con el agricultor amigo de Mr. Squires, Mr. Jackson de Sharon, Connecticut, me quedé con ellos y gozamos de la mejor vida que el país podía brindar. Sin embargo, continuamos durmiendo en hamacas, las que colgamos bien alto para evadir las lagartijas que ahí abundan.

Las siguientes dos semanas me dediqué a recorrer el campo en los alrededores. Tuve abundantes oportunidades de observación, y ahora relataré escuetamente los hechos de importancia que deseo comunicar.

Así pues, en primer lugar me propongo mostrar los incentivos para que los agricultores emigren a la tierra que ha sido llamada "Jardín del mundo". Al buen granjero le ofrecen de regalo un terreno de 250 a 300 acres; y a bordo del *Northern Light* me encontré a ocho agricultores que habían abandonado sus hogares en los Estados Unidos, atraídos por las doradas promesas de Nicaragua. Mr. Jackson, que se hospedó conmigo donde Mr. Squires, había vendido su finca en Connecticut para emigrar, pero enseguida se desilusionó, se enfermó y en tres días estaba muerto. Otros cuatro salieron de Granada con varios compañeros para explorar la región y se ausentaron por más de tres días. Alquilieron mulas en las que fueron a Messiah [Masaya]. Dos de ellos contrajeron la fiebre antes de su regreso y se murieron. Los otros dos retornaron a Granada, pero a uno lo mató la fiebre tres días después. Los tres que quedaban decidieron abandonar el país a la mayor brevedad posible. Otro grupo de agricultores, algunos de ellos californianos, fueron a examinar una región reputada muy fértil, situada entre Rivas y La Virgen. Dos del grupo cayeron con la calentura en el viaje, y los demás regresaron a Granada a inscribir las propiedades que habían estacado; luego volvieron a Rivas a iniciar las operaciones. Pero cuando pasé por La Virgen, a mi regreso, me encontré a uno de ellos y hablé con él. Estaba postrado con la fiebre, ya desahuciado. Me contó que en cuanto regresaron a sus tierras a comenzar los trabajos, todos cayeron con calentura, y que cuando él abandonó el lugar había dejado a cuatro compañeros en cama con fiebre, demasiado enfermos para viajar. Un empleado público me contó que esas eran las primeras fincas registradas desde que se estableció el gobierno de Walker, y que hasta esa fecha ningún Americano había hundido un azadón en el suelo en los terrenos públicos que regalaba el gobierno.

En cuanto a la feracidad del suelo, algunas partes del Estado son muy

fértiles; pero no creo que un Americano pueda ganarse la vida en ninguna parcela, del tamaño que sea. Por lo que logré apreciar, los terrenos públicos no sirven para las labores agrícolas. Creo que la tarea de limpiar de la maleza suficiente campo para que una persona pueda ganarse la vida en él (si es que lo pudiera hacer en cantidad alguna de tierra), si esa labor se le dedicara a un predio de cinco acres cerca de aquí para fertilizarlo y sembrar árboles frutales, haría de su dueño una persona independiente. Creo que un individuo está mucho mejor laborando en una finca por cincuenta centavos diario con comida, que lo que estaría en Nicaragua con mil acres de tierra. Si es que logra tomar posesión de la finca y sobrevive lo suficiente para construir una casa, se encontrará que la tarea de limpiar el terreno para sembrar un acre de maíz está fuera de su alcance. El suelo está recubierto de una maleza impenetrable que es morada de innumerables culebras y escorpiones. Cantidades de agricultores que llegaron con intenciones de adquirir fincas, estaban en Granada cuando me vine, unos enfermos, algunos ya muriéndose, y otros desilusionados y abatidos, y sin los medios para volverse. Yo hice lo posible por saborear todas las frutas tropicales del país, y no daría nuestra manzana y melocotón por el catálogo entero.

Los alicientes para los mecánicos no son nada mejores. Mr. Squires, el carpintero que llegó conmigo en el *Northern Light*—que tenía una buena caja de herramientas y era un excelente artesano— ganaba de \$3 a \$5 diario; pero me dijo que eso no duraría más que unas pocas semanas, pues no había nada que hacer en su línea fuera de reparar ventanas, algunos trabajos de poca monta y uno que otro mostrador para las tiendas. A otro carpintero joven, que llegó con su hermano, lo empleó el gobierno para hacer ataúdes, que es el empleo más lucrativo en Granada. Se enfermó a las 6 P.M., y a las 4 A.M., en menos de diez horas, estaba muerto, y ese día lo enterraron en un ataúd que él mismo hizo. Era perfectamente moderado en sus hábitos, y gozó de excelente salud hasta el momento de caer enfermo. Su hermano volvió a Nueva York hace pocos días en el *Northern Light*; venía postrado con la

fiebre, y fue sólo por el cuidadoso tratamiento que recibió en la travesía que logró regresar vivo a su casa. Mr. R. T. Starr, durante muchos años cortador de telas y capataz en la sastrería de Wm. T. Jennings & Co., de Broadway, es la única persona en Granada que está haciendo dinero en su profesión, pues tiene de cliente al gobierno y a casi todos los ciudadanos de la ciudad. Muchos mecánicos que no logran encontrar empleo, gastan sus ahorros, no tienen forma de ganarse el sustento, y se ven obligados a irse del país.

Hay otra clase de emigrantes, enardecidos de entusiasmo militar, a quienes tengo muy poco que decir. Generalmente no tienen ocupación honesta aquí, ni quieren tenerla. Por lo menos seis de esa clase, que zarparon de Nueva York el 24 de enero, fallecieron al día siguiente de su arribo cuando iban de Granada a León, adonde les ordenaron marchar, fusil al hombro, bajo el ardiente sol. No supe cuántos más murieron antes de llegar a León, pero me contaron que el capitán de la compañía apareció en dicha ciudad montado en una mula, buscando un doctor. El filibustero sale de Nueva York rebo-sando optimismo, pero en cuanto cae en poder del general Walker se torna dócil y sumiso como un corderito enclenque. Andando entre las tropas, he visto a los soldados en lágrimas por lo arruinado que están, siéndoles imposible salirse del ejército. Walker no suelta a nadie, por apremiante que sea la necesidad. Ví a un joven muy estimable solicitar permiso de ausentarse para atender a su madre enferma y desamparada, y la única respuesta que recibió fue una orden perentoria de reintegrarse a su batallón. Hay jóvenes muy apreciables en el ejército, pero a todos ellos los agobia una insatisfacción y desilusión general. La comida es muy deficiente, y la paga ni siquiera cubre los gastos de lavar la ropa. Un capitán recibe sólo seis dólares semanales, y las enfermedades se propagan en el ejército en forma alarmante.

Los incentivos para que emigren trabajadores son igual de escasos. Un hombre que salió de Granada conmigo a mi regreso, cayó con calentura en la travesía del lago. En La Virgen lo trató un doctor, que creyó que podía aventurarse a regresar a su casa. Así lo hizo, y se munó al segundo día de

haber salido de San Juan y su cadáver lo echaron al mar. Entiendo que era un antiguo policía de esta ciudad. Dos hermanos irlandeses viajaron allá en el *Northern Light*, pero uno de ellos se arrepintió al llegar a San Juan y se regresó. El otro hermano siguió conmigo hasta Granada. Consiguió empleo a dólar y medio diario conduciendo el carretón del gobierno. Era un hombre sano y totalmente abstemio, pero a la semana de haber llegado le dio calentura y se murió. Para un Americano es imposible trabajar en ese clima, especialmente para los de los estados septentrionales. Se debilitan y flaquean, y los que acostumbran tomar lo suficiente para que les irrite el estómago, casi invariablemente se mueren. Granada es la gran morgue de la nación. A tres millas de la ciudad hay una laguneta que en la estación seca se pone putrefacta, y el viento, que casi siempre sopla de esa dirección, cubre de miasma la ciudad; y ello, con el ron y el polvo, es la causa de lo malsano del lugar. Cuando me vine, en Granada había como 400 Americanos, y se estaban muriendo en promedio cinco diarios. Se dice que León, que queda 100 millas al norte, y adonde se llega en mulas, es mucho más saludable. La Virgen, El Castillo y San Carlos son relativamente sanos.

Ahora vuelvo a hablar de mi experiencia. A las dos semanas de haber llegado a Granada, alrededor del 21 de febrero, me dio calentura. Rehusé el tratamiento usual —*píldoras de mercurio con quinina*; me brindaron toda clase de atenciones los miembros del Club de Pioneros de la Joven América, que se formó en el *Northern Light* en el viaje de ida; y de no haber sido por ello no hubiera podido salir de Granada. Con todo y todo, salí contra el consejo de médicos y amigos, que opinaban que era imposible que yo viviera debido a que no retenía ningún alimento en el estómago. Pero como yo insistía en llegar a San Juan a tiempo para tomar el *Northern Light* el 5 de marzo, a petición mía el capitán del puerto mandó el carretón del gobierno a recogerme (el único carretón que tienen, el mismo que usan para llevar los cadáveres al cementerio), y en él me llevaron al barco de carga que ese día salía a las 4 P.M. para La Virgen. Estaba demasiado débil para sostenirme de

pie y tuvieron que subirme en hombros a la embarcación. A la mañana siguiente desembarcamos en La Virgen, y ahí tuve la suerte de encontrar al Dr. Cleveland de Nueva York, quien con la ayuda de otro caballero me trasladó a la California House, donde con su atención médica y buen cuidado de enfermería me repuse lo suficiente para continuar el viaje tres días después, al arribo de los pasajeros provenientes de California. Desde esa fecha mi salud ha seguido mejorando, más que nada, estoy seguro, por la atención del Dr. Blakesley, del *Northern Light*, solícito en sus cuidados a los enfermos a bordo. Creo que a él le debo la vida.

Soy su atento y seguro servidor,

WILLIAM D. SNYDER.

Nueva York, 14 de marzo de 1856.<sup>566</sup>

